
Las causas del abandono del sacerdocio ministerial*

*Alvaro Jiménez C., S.J., Ph.D.***

Entre julio y octubre de 1994 el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM (DEVYM) realizó una encuesta sobre las causas del abandono del ministerio presbiteral, la cual fue enviada a todos los obispos y superiores mayores de América Latina. De las 713 diócesis se recibieron 198 respuestas de los Sres. obispos. Las respuestas de los superiores mayores fueron bastante escasas, por lo cual no se tuvieron en cuenta al hacer las síntesis de las mismas y tampoco se tomarán en consideración en las presentes reflexiones.

La estructura organizacional de la Iglesia en América Latina varía infinitamente de un país a otro y este dato conviene tenerlo muy presente. Hay países con un gran número de diócesis, como Brasil (250), Méjico (80) y Colombia (68) y otros con un número muy pequeño como Puerto Rico y Costa Rica (con 5 cada uno) o Panamá y Cuba (7 diócesis en cada país). También el número de respuestas recibidas fue muy variado: desde Brasil (59) y Méjico (24), Argentina (20), Colombia (19) hasta Cuba (0), El Salvador (1) y Panamá (1).

No se trata aquí de un análisis científico que cumpla todos los requisitos exigidos por los métodos estadísticos, sino de unos simples comentarios, que puedan ayudar

* Reflexiones sobre una encuesta a los obispos y superiores mayores de América Latina. Publicado originalmente en el Boletín OSLAM No. 28 (s.f.). Reproducido con autorización del Director.

** Licenciado en Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Javeriana. Licenciado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Doctor Ph.D. en Psicología de la Personalidad Universidad de Chicago, U.S.A.

a los señores. obispos, a los formadores de sacerdotes y a los mismo candidatos al sacerdocio.

Para completar las respuestas recibidas, faltaría saber las opiniones, no sólo de los seminaristas, de los mismos sacerdotes en ejercicio activo del ministerio y de los formadores, sino sobre todo de las personas que han dejado el ministerio sacerdotal; sus opiniones serían especialmente valiosas, pero también especialmente difíciles de recoger, al menos en nuestro medio latinoamericano. En países de diferente cultura, como son los Estados Unidos, se han hecho inclusive investigaciones doctorales, basadas en la opinión de los que han dejado el sacerdocio¹. Tal vez la investigación más amplia y perfecta, que se ha realizado sobre este tema, fue la que, a petición de la Conferencia Episcopal Norteamericana, realizó el NORC (*National Opinion Research Center*) con la colaboración de la Universidad de Loyola (Chicago), dirigida por E.C. Kennedy and V.J. Heckler².

No es esta la primera vez que el DEVYM se ha preocupado de este tema tan vital para el futuro de la Iglesia latinoamericana. Hace 10 años, el 5 de noviembre de 1985 se reunió en Bogotá al “Encuentro de expertos sobre las causas del abandono del Ministerio Presbiteral”, convocado por el Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM (DEVYM). En esa reunión de expertos tuve oportunidad de presentar algunas “*reflexiones de un sacerdote-psicólogo*” sobre el mismo tema que hoy nos ocupa³.

Los presentes comentarios se basan en la síntesis sistematizada de las respuestas, realizada por el DEVYM, y suponen su lectura completa. Nuestro énfasis se pondrá en las recomendaciones o propuestas para remediar las causas del abandono, incluyendo algunas citas textuales que ilustren nuestra exposición, las cuales se escribirán entre comillas.

1. Como ejemplo de tales estudios podrían consultarse varias Tesis para Master's Degree en Loyola University (Chicago) y la Disertación Doctoral escrita por Murphy, J.L.: *Personality Traits of Priests Who Have Left the Active Ministry*, University of Chicago, 1972 (Manuscrito).

2. Kennedy, E.C. & Heckler, V.J., *The Catholic Priest in the United States* (Psychological Investigations). Washington D.C.: U.S. Catholic Conference, 1971.

3. Jiménez, A., *Las Causas del Abandono del Sacerdocio Ministerial*, Medellín, Vol 12, n. 45, Marzo de 1986. La mayor parte de esas reflexiones conservan su actualidad y algunas serán retomadas para comentar los resultados de la presente encuesta.

Después de estas anotaciones preliminares, pasamos a plantear algunas recomendaciones agrupándolas en nueve puntos principales.

1. Estricta y cuidadosa selección de los candidatos al sacerdocio

Extraña el que pocas respuestas mencionen este problema, que ciertamente nos parece la causa fundamental de las defecciones, y que afecta de raíz todos los demás problemas. Afortunadamente no faltan algunos obispos que llaman la atención sobre este punto y observan:

- Falta de una selección bien hecha desde la pastoral vocacional, antes de ingresar al seminario”.
- Afán de los obispos de tener sus propios seminarios, sin la calidad de los formadores”.
- Carencia de formadores que acompañen adecuadamente durante toda la formación...”

Quizás con cierto “triumfalismo” muy peligroso, hablamos hoy demasiado alegremente del “renacer de vocaciones”. Nos gloriamos de que muchos seminarios están nuevamente llenos, después de la crisis de los años sesenta, setenta y ochenta. Muchas diócesis, aun pequeñas, planean construir su seminario propio, sin contar prudentemente con un número suficiente de formadores aptos y bien preparados y sin estarlos formando para asumir en un tiempo previsible su delicada función.

A este optimismo ingenuo se añade cierta “angustia” ante el escaso número de sacerdotes, agravada no sólo por las deserciones, sino por la avanzada edad, las enfermedades y fallecimientos de excelentes sacerdotes y la terrible escasez endémica que azota inmisericordemente a muchos países o diócesis de nuestro continente.

De aquí el peligro de ser faciltones para recibir y difíciles para dimitir a los candidatos. Por eso, hoy más que nunca es necesaria la política contraria: *ser muy estrictos en el recibir y muy severos en despedir a los ineptos. Se impone una estricta y cuidadosa selección de candidatos*, que tenga en cuenta: sus rasgos hereditarios, la personalidad, la madurez humana especialmente en el aspecto afectivo-sexual, la inteligencia, la aptitud para unas adecuadas relaciones

interpersonales, la capacidad de tomar decisiones y asumir responsabilidades en un compromiso definitivo y en una vida de celibato plena y satisfactoriamente vivida, la aptitud para la convivencia fraterna con los colegas en el sacerdocio, para una obediencia madura y razonable y para un trabajo apostólico fecundo.

Es inútil, más aún contraproducente, llenar los seminarios de candidatos mediocres, desadaptados o francamente ineptos para el sacerdocio. Como bien lo ha observado un experimentado promotor vocacional: “*los grupos se nivelan por lo bajo*”⁴. Esos candidatos ineptos perjudican el nivel de todo el seminario y echan a perder a otros buenos candidatos.

Algunos aspectos importantes en la selección de los candidatos

Imposible mencionarlos todos. En estas reflexiones sobre los resultados de la encuesta vamos a comentar: a) el ambiente familiar; b) las motivaciones; c) la necesidad de acompañamiento; y d) despedir oportunamente a los ineptos.

a. El ambiente familiar

Especialísima atención debe prestarse al *ambiente familiar*, el cual debe ser atentamente considerado, antes de la admisión al seminario. Muchas deficiencias humano-afectivas tienen su origen en el ambiente familiar: “la disgregación familiar causa desajustes afectivos en relación a la figura del papá o de la mamá no asimilados”. “Inmadurez psicológica traída de la familia descompuesta”.

“Es sumamente importante, tener muy presente el ambiente familiar del candidato al sacerdocio. El ‘background’ familiar juega un papel de importancia definitiva y muchas veces indeleble, en el nacimiento de la vocación, en la consolidación y en la perseverancia del sacerdote en ella. La gracia de Dios es poderosa y puede lograr transformaciones casi milagrosas en la personalidad de un sacerdote. Pero no podemos esperar que los milagros ocurran cada día.

Por un lado, la estabilidad y armonía del hogar, el cariño sincero entre padres, hijos

4. Cfr. Rubiano, C., *Directorio de Pastoral Vocacional*. Bogotá: CIRE, 1984.

y hermanos, y por otro, el ambiente religioso y moral de la familia constituyen una de las mejores garantías para la formación de una personalidad psicológicamente sana y para la perseverancia en la vocación. Por el contrario, la falta de armonía y estabilidad familiar, la deficiente formación religiosa, el ambiente de inmoralidad, hacen muy difícil que esta delicada planta de la vocación sacerdotal nazca, crezca y permanezca. Queda siempre la acción misteriosa y poderosa de la gracia divina. Pero recordemos: “*Gratia non tollit naturam, sed supponit et perficit eam*”.

En muchos casos de abandono del sacerdocio ministerial, hay que remontarse muy atrás en el río de la vida, para encontrar las verdaderas causas. Estas vienen de muy atrás, del hogar. De la adolescencia. Tal vez de la remota infancia.

Más aún, con frecuencia hallamos casos en que uno se puede preguntar extrañado: “¿Cómo se ordenó fulano? ¿Cómo fue admitido a la ordenación? Nunca debería haberse hecho sacerdote. Este triste desenlace era de esperarse y era perfectamente previsible”. Por desgracia ya es demasiado tarde para esta profecía “*post factum*”.

Por algo la Iglesia ha insistido tanto en la selección estricta de los candidatos al sacerdocio.

Hoy son más escasas las vocaciones entre las clases económicamente favorecidas de la sociedad. Y sin embargo no le falta razón al obispo que alerta sobre el peligro de arribismo y de rechazo al humilde origen de la propia familia: “rechazo a su origen humilde y búsqueda de una promoción personal, social”. No se trata de ser clasistas en la admisión; pero es una realidad que entre las clases menos favorecidas, los problemas de falta de armonía y aun de violencia intrafamiliar, de uniones libres, de ignorancia, de promiscuidad sexual etc. se presentan con mayor frecuencia y revisten mayor gravedad. Afortunadamente hay todavía muchas familias humildes, especialmente en ambientes campesinos, sanas, religiosas, de buenas costumbres, las cuales son terreno fértil para que germine la semilla de la vocación sacerdotal.

Es muy poco lo que se puede hacer para mejorar un ambiente familiar contraindicado, fuera de una *labor preventiva de pastoral familiar*, cuyos resultados sólo se notarán a muy largo plazo. Por eso es indispensable examinar profundamente el hogar del candidato y saber escoger muy bien.

b. Las motivaciones

Un punto que merece especial atención son los motivos que mueven al joven a llamar a las puertas del seminario o a perseverar en él y sobre todo a pedir la ordenación sacerdotal.

Una vocación auténtica supone siempre *una motivación religiosa*, de carácter sobrenatural, como sería la extensión del Reino de Dios, la liberación integral de los hombres (que incluye la liberación del pecado y la eterna salvación), el amor e imitación de Jesucristo, la salvación y santificación propia o ajena, etc.

No basta una motivación meramente *altruista* como sería la lucha por la justicia social o el progreso de los pueblos o un compromiso socio-político de tipo meramente humanitario, como también lo puede tener (y a veces en grado eminente) un marxista comprometido o un ateo sincero.

Mucho más grave es el caso del aspirante cuyos móviles principales son de carácter *egoísta o puramente temporal*, como asegurar la propia subsistencia, la “preocupación por lo económico, asumiendo muchas clases en las escuelas del estado” y asumiendo una actitud “mercantilista” en el ejercicio del ministerio y en la administración de los sacramentos. Las encuestas mencionan también: el arribismo, el protagonismo, el ansia de dinero, el aburguesamiento, el deseo de poder, la esperanza de realizar unos estudios y coronar una carrera que se traduzca en lustre humano.

Y recordemos que no faltan motivaciones abiertamente *patológicas*, más o menos conscientes, como llenar vacíos afectivos, miedo a las responsabilidades que el matrimonio conlleva, o aun tendencias francamente homosexuales.

-Es labor del Formador ayudar al candidato a ir purificando gradualmente sus motivaciones, de tal manera que las posibles motivaciones inadecuadas iniciales vayan siendo remplazadas por motivaciones auténticas y que éstas se vayan solidificando a medida que el candidato avanza en su carrera.

c. Acompañamiento

Otra necesidad sentida, que aparece en muchas respuestas a la encuesta, es la urgente necesidad de organizar programas muy serios para la “*formación de*

formadores” por la escasez de personas aptas y bien preparadas para este delicadísimo cargo⁵.

- “El problema fundamental que lleva a muchos seminaristas a salir adelante sin una madurez que les permita afrontar las inconsistencias personales y los desafíos de la sociedad moderna es la falta de asesoramiento y de especialistas en el acompañamiento personal”.
- En muchos casos “no hubo un seguimiento serio del psicólogo. En otros faltó “orientación psicológica y mejor selección y acompañamiento”
- Y además, durante la formación, los formadores usaron “mucha indulgencia con sus defectos y caprichos”.
- La necesidad de formar a los formadores se extiende tanto respecto a la formación espiritual, como a la académica, como al acompañamiento psicológico. Sería utópico esperar que todos los formadores sean psicólogos profesionales. Ni siquiera es posible que todos posean bases sólidas de psicología científica o de consejería. Pero sí debería cada seminario disponer de uno o dos formadores preparados en psicología o al menos en consejería y cada diócesis, al menos las más grandes, de algunos psicólogos, sacerdotes muy cuidadosamente seleccionados que pudieran ilustrar a los formadores y atender los casos frecuentes que requieren ayuda psicológica para sus hermanos en el presbiterio.

Esta necesidad es tanto más apremiante, cuanto más difícil es encontrar entre los laicos, profesionales de la Psicología, no sólo competentes científicamente, sino de rectos principios éticos, especialmente en el área de la sexualidad y con verdadero aprecio del celibato y ministerio sacerdotal. Pero cada diócesis debería tener al menos un catálogo con unos pocos profesionales de plena confianza, a los cuales remitir los casos que se presenten.

5. Como un granito de arena para llenar esta urgente e ingente necesidad, el Autor ha diseñado una serie de Talleres con el nombre general de *Formación de Formadores* y ha dirigido durante casi 30 años muchos Encuentros sobre diversos temas de formación humana para Formadores de sacerdotes y de religiosas. Algunas ideas se hallan expuestas en las publicaciones del Autor, Alvaro Jiménez Cadena, S.J. Se recomiendan: *Dinamismos psicológicos de la madurez emocional*, Bogotá: Indo-American Press, 1993 (2a- ed.); *Conquista de la madurez emocional*. Bogotá. Indo-American Press, 1993 (2a. ed.) y *Caminos de madurez psicológica*. Bogotá, Ed. Paulinas, 1995 (2a. ed.).

d. Los candidatos ineptos

Es un caso lamentable y relativamente frecuente el que un candidato inepto siga adelante en su carrera, o porque los formadores son flojos y poco exigentes, o porque ellos o el candidato mismo se dejan engañar por la vana esperanza de que con el transcurso del tiempo o con la ordenación, todos los problemas se irán solucionando... Hay defectos de carácter, que en vez de corregirse, tienden a agravarse con la edad y con el transcurso del tiempo, y hay problemas que se agravan cuando se rompen los diques del seminario y se entra en la mar abierta del ministerio sacerdotal.

Muchas veces ha insistido la Iglesia en que es una compasión mal entendida el admitir a la ordenación sacerdotal (o a la profesión perpetua, cuando se trata de religiosos) a un candidato *que es incapaz de guardar la castidad*. Bajo capa de misericordia, se ocultaría un acto de crueldad para con él y para con la Iglesia.

Y sin embargo, he tropezado en mi experiencia con algunos casos de homosexualismo, en que el mismo obispo, a sabiendas de que el candidato era un homosexual activo, le ha asegurado “*en nombre de Dios*” que con la ordenación todo se arreglaría... Y naturalmente que la situación no se arregló, sino que se agravó, con terribles sufrimientos para el sacerdote y el consiguiente escándalo para los fieles y las víctimas de su condición homosexual.

Las directivas de la Iglesia al respecto son muy claras y no pueden ser más tajantes. Pero la práctica no siempre obedece a estas directivas:

“Los sujetos que se descubran física y psíquica o moralmente ineptos, *deben ser inmediatamente apartados del camino del sacerdocio*: sepan los educadores que éste es para ellos *un gravísimo deber*; no se abandonen a *falaces esperanzas* ni a *peligrosas ilusiones* y no permitan en modo alguno que el candidato las nutra. Una vida tan total y delicadamente comprometida, interna y externamente, como es la del sacerdocio célibe excluye, de hecho, a los sujetos de insuficiente equilibrio psicofísico y moral, y no se debe pretender que la gracia supla en esto a la naturaleza”⁶.

6. Cfr. *El sacerdocio hoy*. Documentos del Magisterio Eclesiástico, Juan Esquerda Bifet, *Sacerdotalis coelibatus*, n. 64).

2. Formación espiritual.

Muchas respuestas comentan graves fallas en la formación espiritual:

- "Debilitamiento ante el secularismo".
- "Rechazo a la oración estructurada de la Iglesia en el rezo de las horas y descuido en las celebraciones".
- "Pereza en lo concerniente al culto".
- No es de extrañar que después de la ordenación, "ante la ausencia de convicciones e ideales evangélicos *interiorizados* se termina por abandonar la vida sacramental a nivel personal".
- "Da la impresión que durante todo el período de seminario no se logra un *encuentro personal con Cristo* que llama, de quien debe consagrarse al servicio de los hermanos".
- "Parece que no salen del seminario con una experiencia muy fuerte de Dios, de oración, de actitudes profundamente evangélicas".
- "Carencia de un encuentro personal con Dios que sea capaz de invadir todos los ámbitos de la persona del futuro sacerdote".
- "Muchas fórmulas y poca vivencia real en Cristo y su seguimiento".
- "Aunque hubo fidelidad en los momentos de oración comunitaria, la *oración personal* es deficiente".

Nos alargaríamos demasiado si quisiéramos consignar todas las observaciones al respecto.

"Hay un hecho innegable: en el fondo de casi toda defección, a veces como causa principal, otras al menos como causa concomitante más o menos influyente en el resultado final, se encontrará una *deficiencia de vida de oración*, un enfriamiento en la vida espiritual, una rutinización en la recepción de los sacramentos, una progresiva 'acedia' espiritual; una marcada búsqueda de la propia comodidad, una huida sistemática de la abnegación. En una palabra, se encuentra uno ante el síndrome tradicionalmente llamado por los autores ascéticos: '*La tibieza espiritual*'.

Específicamente se sugiere para la formación insistir en cuatro puntos básicos:

- a) Trabajar intensamente para que las prácticas piadosas del Seminario se *interioricen* y se conviertan en una verdadera necesidad tan urgente y sentida como el comer o el respirar. Así se prevendrá el peligro de que durante la formación se cumpla con determinadas prácticas al son de campana, como una *imposición* pesada y no raras veces odiosa que hay que llenar, o bajo la presión del grupo de compañeros o al

menos como un formulismo vacío y se abandonen después de la ordenación, porque no se habían *interiorizado vivencialmente*, ni brotaban de la necesidad sentida de un permanente diálogo con el Señor y con su Madre Santísima. Lo mismo podemos afirmar respecto a la recepción de los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía.

b) Enseñarles a practicar *métodos diversos y adaptados de oración personal*, de meditación, de contemplación, de oración bíblica (“*lectio divina*”). Inculcar la convicción de la necesidad ineludible de orar, no sólo para obtener la perseverancia, el don de la castidad, la perfección, sino también para la fecundidad del apostolado; una conciencia profunda de la importancia de la recepción digna de los sacramentos.

c) Es urgente formar a los futuros sacerdotes en *una espiritualidad sólida*, que para que resista las tempestades de las pasiones y tentaciones y no se marchite y muera en la aridez desértica de la soledad afectiva, que muchas veces tiene que afrontar lo mismo el neo-sacerdote, que el presbítero maduro o quien atraviesa por la “crisis del demonio meridiano” o ya ha alcanzado la tercera edad. Sin una formación espiritual sólida, no puede haber perseverancia en la vocación sacerdotal. (Cita p. 17).

d) Pero sobre todo y como síntesis de todo, se debe fomentar por todos los medios posibles entre los seminaristas un *encuentro personal con Jesucristo* y una sólida y tierna *devoción a la Santísima Virgen*, madre y modelo de todo sacerdote..

Sólo así podrá superarse el grave peligro de *secularismo*, que mencionan varios de los respondentes a la encuesta.

3. Madurez integral

Nadie pone en duda de que para ordenarse de sacerdote se requiere una *gran madurez* de la personalidad. Y sin embargo en “el 95% de las respuestas aparece como *causa predominante* de las deserciones, *las deficiencias en lo humano-afectivo*, con todas las consecuencias, tanto para la persona como para el ministerio mismo”.

La madurez es una realidad muy compleja y la falta de la misma está íntimamente ligada a todas las demás causas del abandono del sacerdocio, aun a las de carácter más espiritual.

Una buena descripción de la misma es la que presentan las *Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal* de la Sagrada Congregación para la Educación Católica:

*“La madurez es una realidad compleja y no es fácil circunscribirla completamente. Se ha convenido, sin embargo, en considerar maduro, en general, al hombre que ha realizado su vocación de hombre, con otros palabras, al hombre que ha conseguido la suficiente capacidad habitual para obrar libremente; que ha integrado sus bien desarrolladas capacidades humanas en hábitos virtuosos; que ha conseguido un fácil y habitual autocontrol emotivo, con la integración de las fuerzas emotivas que deben estar al servicio de una conducta racional; que prefiere vivir comunitariamente porque quiere hacer partícipes a los demás de su donación; que se compromete en un servicio profesional con estabilidad y serenidad; que demuestra saber comportarse según la autonomía de la conciencia personal; que posee la libertad de explorar, investigar y elaborar una experiencia, es decir, transformar los acontecimientos para que resulten fructíferos en el futuro; al hombre que ha logrado llevar al debido nivel de desarrollo todas sus potencias y posibilidades específicamente humanas”*⁷.

La maduración humana en el seminario

Como se ve, la madurez integral consta de muchos elementos, sobre los cuales es definitiva la personalidad y el influjo de los formadores: autoestima y aceptación de la propia persona y de los demás, confianza y sinceridad con los formadores y entre compañeros, alegría, compañerismo, servicialidad, colaboración en el trabajo, en las tareas comunes y en la recreación y el deporte; exigencia unida a la comprensión y paciencia; disciplina, dedicación al estudio y al trabajo serio, una cierta austeridad de vida, respeto entre los compañeros, trato sencillo, sereno y maduro con las personas del sexo opuesto. Y tantas cosas más... El seminario todo debe formar un ambiente que favorezca la maduración integral de la personalidad y tomar muy a pecho la formación de un carácter viril, recio, regido no por el vaivén de los sentimientos, ni por el impulso del placer o de las conveniencias del momento, ni por la atracción de la buena vida, aburguesada e instalada, sino por el faro de los principios y valores auténticos.

7. Sda. Congr. para la Educación Católica: *Orientaciones para la Educación en el Celibato Sacerdotal*, Documentos para el Diálogo, 1974N. 111.

En el Decreto *Optatam Totius* leemos esta sabia recomendación:

“Por medio de una formación sabiamente ordenada, hay que cultivar también en los alumnos la *necesaria madurez humana*, cuyas principales manifestaciones son la *estabilidad del espíritu, capacidad para tomar prudentes decisiones y la rectitud en el modo de juzgar sobre los acontecimiento y los hombres*. Habitúense los alumnos a dominar bien el propio carácter; fórmense en la reciedumbre de espíritu y, en general, sepan apreciar todas aquellas virtudes que gozan de mayor estima entre los hombres y avalan al ministro de Cristo, cuales son la *sinceridad, la preocupación constante por la justicia, la fidelidad a la palabra dada, la buena educación y la moderación en el hablar, unida a la caridad*”⁸.

Notemos de paso que para la práctica de estas virtudes *no existen vacaciones*- El comportamiento durante las vacaciones es un buen indicador del grado en que el candidato ha interiorizado y asimilado los principios y valores sacerdotales o en qué grado sus comportamientos constituyen meras apariencias, “máscaras” o son efecto del “conformismo” con el grupo y con los formadores. Así, por ejemplo, el seminarista que abandona su vida de oración en tiempo de vacaciones o se toma libertades con las muchachas que son incompatibles con su vocación al celibato, tampoco sabrá portarse a la altura de su vocación, cuando se sienta libre del “ambiente de invernadero” y de la vigilancia de sus formadores o de la presión del grupo.

4. Formación para el celibato y para la práctica de la castidad

La madurez afectivo-sexual es tan sólo un aspecto de la madurez integral, pero de especial importancia para toda persona humana y mucho más para quien se siente llamado a una vocación celibataria por el Reino de los Cielos.

Para nadie es un misterio que la principal y la más frecuente causa de deserción del sacerdocio (a veces abiertamente confesada, algunas veces discretamente callada, en no pocos casos disfrazada bajo el poder casi ilimitado de racionalización que tenemos los seres humanos) son las dificultades relacionadas con la *guarda fiel del celibato*.

8. II, *Opt. Tot.*, n. 11.

Aun sacerdotes muy buenos, inteligentes, celosos, trabajadores, generosos, caritativos, obedientes al obispo, fraternos con sus hermanos, consagrados al apostolado y al servicio de los fieles, pueden encontrar dificultades grandes para guardar la castidad perfecta y perpetua que conlleva el sacerdocio.

La falta de madurez afectivo-sexual es un denominador bastante común en muchos casos de deserción.

El tema del celibato merecería un tratado completo que ocuparía toda una biblioteca con muchos volúmenes. De hecho se ha escrito mucho sobre el tema, sin agotarlo nunca. La formación para el celibato, plantea cada día problemas nuevos. Los profundos cambios culturales, de valores y tecnológicos, especialmente impulsados y propagados por los medios de comunicación social, exigen cambios profundos y actualizados en la formación del sacerdote para el tercer milenio. Aquí solamente consignaré brevemente tres recomendaciones, remitiendo al lector a otros escritos que se centran específicamente sobre este tema de vital importancia y actualidad⁹.

a. Asimilación vivencial del sentido del celibato y aprecio del mismo

Se anota en la encuesta que “tampoco se ha insistido en las razones de fe que la Iglesia tiene para el celibato, celibato como carisma”. “Es muy preocupante que algunos sacerdotes jóvenes resultan comprometidos con otras personas, especialmente del sexo femenino y que después de un año o dos de ministerios ya tengan hijos”.

Una concepción negativa de la castidad se manifiesta otras veces en una actitud de resignación fatalista que se doblega, ante una imposición de la Iglesia o de la comunidad. La castidad es una obligación que se tolera, o a lo más se acepta, pero que no se ama. El celibato es el precio que hay que pagar para poder ingresar a una comunidad religiosa, para vivir y trabajar en ella o para ordenarse como sacerdote. El compromiso de la castidad no es tanto el resultado de una decisión verdaderamente personal cuanto de una actitud pasiva de resignación.

9. Sobre este tema, me permito recomendar mi libro titulado *Aportes de la Psicología a la Vida Religiosa*, especialmente el capítulo III: *Madurez Humana, y castidad religiosa y celibato sacerdotal*. Bogotá: San Pablo, 1994.

En estos casos, no carecería de todo fundamento la generalización injustamente repetida por algunos psicoanalistas de que las personas célibes son seres incompletos, frustrados y psicológicamente castrados.

Hoy más que nunca hay que hablar al seminarista con suma claridad acerca de las realidades sexuales, de las grandezas, satisfacciones y problemas del matrimonio; de las renunciaciones del celibato, de sus obligaciones, dificultades y peligros; de los medios naturales y sobrenaturales para vivirlo con alegría y madurez.

Pero más que “instrucciones”, lo que hay que procurar es la asimilación vital del sentido eclesiológico, escatológico y sobre todo cristológico del celibato sacerdotal. Sin un *amor personal a Jesucristo*, el celibato se vivirá como una simple condición o imposición jurídica que la Iglesia latina exige a sus sacerdote y que está llamado a desaparecer.

b. Aprender a “vivir la amistad con alegría y madurez”¹⁰

El seminarista debe comprender y asimilar vitalmente el valor de las verdaderas amistades; amistades que lo eleven, lo hagan crecer humana y espiritualmente y lo confirmen en su vocación sacerdotal.

Pero tiene que tener *criterios muy claros* para distinguir esas amistades auténticas de otro tipo de amistades compensatorias, especialmente en sus relaciones con el otro sexo: ni un temor angustioso ante la mujer, ni un trato imprudente que muchas veces va degenerando gradualmente por la pendiente del enamoramiento hasta la unión y satisfacciones de carácter genital.

Sin embargo, los criterios pueden ser muy claros, pero no bastan. Hay que ajustar las actitudes profundas y los comportamientos a dichos criterios, dado que la fragilidad es muy grande en esta materia y el poder de las “*racionalizaciones*” sorprendente, por no decir increíble...!

La advertencia de San Agustín, bien fundamentada en la sabiduría y en la propia

10. Para un tratamiento a fondo de este tema, se recomienda el Cap. IV *Vivir la amistad con alegría y madurez* en la obra de A. Jiménez: *Aportes de la Psicología a la vida religiosa*. Bogotá: San Pablo, 1993.

experiencia personal del Santo Doctor, no ha pasado de moda: “*Amor spiritualis generat affectuosum; affectuosus obsequiosum; obsequiosus familiarem; familiaris carnalem; carnalis autem generat filium*”. Lástima que la traducción a la lengua vernácula reste tanto vigor y concisión a la frase de San Agustín: “*El amor espiritual engendra el amor afectuoso; el amor afectuoso genera el obsequioso; el amor obsequioso da origen a la familiaridad; la familiaridad produce el amor carnal; y finalmente el amor carnal engendra al hijo*”.

c. Superación de cuatro peligros

que amenazan a todo ser humano, pero que cobran especial importancia en el caso de la persona consagrada por un voto de castidad: el egoísmo, el autoerotismo o masturbación, el homosexualismo y las relaciones sexuales¹¹.

Estos problemas deben estar sustancialmente superados antes de enviar al candidato a Teología y con mucho mayor razón antes del diaconado o de la ordenación. Tiene una grave responsabilidad ante Dios, ante la Iglesia y ante el mismo candidato la autoridad que imprudentemente admite a un candidato inepto a las órdenes sagradas.

5. Formación para el compromiso perpetuo y la fidelidad en la opción

“Hablando sobre las causas de las defecciones del sacerdocio y de la vida religiosa en estos tiempos, no se puede omitir el fenómeno cultural que podríamos llamar “*la crisis del compromiso y de la palabra empeñada*”: “La decisión vocacional está condicionada a lo provisional, faltando compromisos duraderos”.

El “sí” pronunciado por el joven sacerdote el día de su diaconado o de su ordenación, tiene que ser renovado cada día y en cada momento de la vida. No basta una auténtica generosidad en el momento de la ordenación para perseverar. La vida se encarga de ir presentando al sacerdote dificultades nuevas e imprevisibles,

11. Muy sabias recomendaciones acerca de la formación para el celibato se encuentran en *Orientaciones para la formación en el celibato sacerdotal* de la Sda. Congr. para la Educación Católica. A pesar de ser algo antiguo, es éste un excelente documento que conserva su actualidad. También puede consultarse “*Pastores dabo vobis*” de Juan Pablo II (Marzo 25 de 1992).

experiencias, fracasos y tentaciones antes desconocidas. Las pasiones ejercen momentos de fuerza máxima que provocan verdaderas crisis. El romanticismo juvenil del neosacerdote se puede ir eclipsando ante la mayor “*experiencia de la vida*”, por no decir la desilusión y el desencanto de la misma.

Nunca se recalcará bastante la seriedad que implica el compromiso *perpetuo que implica el diaconado y la ordenación sacerdotal*. Por ello debe insistirse mucho con los formandos en la capacidad para tomar decisiones maduras y para asumir responsabilidades. Estas dos son características esenciales de toda personalidad madura y constituyen el polo opuesto al conformismo, a la dependencia y a la indecisión.

El candidato al diaconado tiene que haberse liberado de posibles presiones que lo movieron talvez a ingresar al seminario provenientes de una madre piadosa o de otros familiares, de algún promotor vocacional, de amigos y compañeros de seminario; quizás del mismo obispo quien con frecuencia infunde cierto temor reverencial; de los benefactores que han costeadado sus estudios, etc. Su decisión tiene que ser enteramente libre, personal y asumida con plena conciencia: “*Es mi vida y mi persona la que están en juego. Tengo conciencia clara y plena de lo que significa una vida célibe. Yo soy el único responsable de mi decisión. Nadie más puede tomar esta decisión por mí. Yo soy quien asumirá las consecuencias. Tendré que dar cuenta a Dios de mi opción*”.

6. Vida comunitaria y relaciones interpersonales

Las respuestas de los encuestados son especialmente elocuentes en este punto: Con frecuencia el intercambio se reduce a unas “relaciones funcionales”.

- “Siempre viven en comunidad, pero después se aíslan en un individualismo y autosuficiencia insuperables”.
- “Rechazo a la obediencia a través de la autosuficiencia basada en un liderazgo artificial en búsqueda de autopromoción”.
- Todavía más grave es el que ocurra “una mal entendida solidaridad que tiende a encubrir a los compañeros aunque conozcan cosas graves, y así pueden pasar todo el período del seminario sin que los formadores se enteren de la verdad”.

Este aspecto merece especialísima atención en la selección y formación de los sacerdotes. Desafortunadamente la atención de los formadores se ha centrado con frecuencia en los aspectos espirituales, académicos y algo en los pastorales y litúrgicos, pero dejando en un lamentable olvido la formación de la personalidad, la afectividad, las relaciones interpersonales o sea la capacidad para vivir, trabajar, orar, descansar, jugar en comunidad. Y sin embargo de esto depende en gran parte no sólo la felicidad personal y vocacional del sacerdote, sino también en buena parte un apostolado eficaz y aun la perseverancia en la vocación¹².

Estas relaciones adecuadas deben cultivarse en varios niveles:

- *Con las figuras de autoridad*, comenzando por el obispo y los formadores;
- *Con los hermanos en el presbiterio*, aprendiendo no sólo a trabajar en equipo, dentro de la pastoral de conjunto, sino con auténtica amistad.
- *Con los laicos y subordinados* o sea con aquellas personas, tanto hombres como mujeres, que le prestan su servicio y colaboración al sacerdote como son tantos laicos comprometidos, empleados de la parroquia, secretaria y ama de casa, obreros, acólitos, etc.
- Conviene anotar que a unas buenas relaciones interpersonales que las puede poseer cualquier persona madura y culta, así se trate de un ateo, el sacerdote debe infundirles una motivación sobrenatural, de tal manera que se practique una verdadera “*caridad*” cristiana que conduzca a una verdadera “*comunidad*”.
- La actitud de los sacerdotes de más edad, especialmente de los párrocos que tienen colaboradores más jóvenes es de especial importancia, ya que “a veces los sacerdotes mayores son feroces con los sacerdotes nuevos”. En tales casos, no es de extrañar que se note una gran “*desintegración entre los sacerdotes jóvenes y los mayores*”.

12. Cfr. A. Jiménez, *Caminos de madurez Psicológica*, especialmente el capítulo sobre *La Intimidad* en la teoría de Erik Erikson.

7. Una buena relación con las figuras de autoridad y obediencia madura

Durante estos últimos años, parece haber tomado mayor relevancia que en otros tiempos, como causa del abandono del sacerdocio, la crisis de obediencia y de autoridad. Estudios realizados en otros países como Estados Unidos¹³, demuestran que el descontento con los obispos, con la manera de ejercer la autoridad en la Iglesia, constituye una de las causas más frecuentemente alegadas por muchos sacerdotes al retirarse del ejercicio ministerial.

Habría aquí tema de meditación, tanto para quienes detentan y ejercen el poder, como para los candidatos que van a comprometerse a obedecer; los primeros deberían reflexionar sobre su espíritu paternal del gobierno; los segundos, examinar si tienen un carácter capaz de aceptar el ejercicio de una obediencia razonable.

Son elocuentes algunas respuestas:

- "Escasa relación filial, paternal y viceversa. Relaciones limitadas a lo pastoral y jurídico". Tensiones entre la línea pastoral del obispo y de los sacerdotes. Rechazo de las recomendaciones y los consejos.

"No hay suficiente acercamiento con el obispo su confianza en el presbiterio. Falta de sinceridad, existe mucha hipocresía".

"Relaciones correctas y serviciales pero no abiertas sacerdotalmente".

- "Menosprecio de la autoridad del obispo y de la Iglesia jerárquica. Creo que falta sinceridad e interés por parte de algunos colaboradores del obispo para compartir oportunamente problemas y dificultades de los sacerdotes más cercanos a ellos".

"El entender las relaciones con el obispo equivocadamente, poca transparencia y franqueza".

- "Era muy respetuoso, muy educado, pero no llegó a tener una relación sincera y amistosa. En muchos casos son muy pobres, no van más allá de lo protocolario".

13. Ver loc. cit. *The Catholic Priest in the U.S.*

"Respeto formal y no de corazón y de fe en el ministerio de la Iglesia concreta".

- "En algunos casos falta de tacto y cuidado paterno por parte del obispo".

"Falta de confianza y sinceridad por parte de los sacerdotes"

"Se mostraba atento, servicial y hasta sumiso, pero no confiaba sus grandes problemas".

Otras respuestas anotan la "poca apertura en resolver los problemas", "el autoritarismo sin consideración con las otras personas", "el alejamiento del obispo y de lo superiores o de cualquier persona que les podría ayudar". "Por laudable que sea la intención, muchas veces la distancia lleva a la soledad, al aislamiento con el obispo y con los compañeros...".

Durante estos últimos años, parece haber tomado mayor relevancia que en otros tiempos, como causa del abandono del sacerdocio y de la vida religiosa *la crisis de la obediencia y de autoridad*. Estudios realizados en otros países como Estados Unidos demuestran que el descontento con los obispos y/o superiores, con la manera de ejercer la autoridad en la Iglesia, constituyen una de las causas más frecuentemente alegadas por muchas personas al retirarse del ejercicio ministerial o de la comunidad.

Hay que tener en cuenta la imagen paterna que el candidato al sacerdocio trae de su hogar, especialmente en algunos seminarios en que parece abundan los huérfanos de padre, por muerte de éste o por abandono del hogar.

Los sentimientos y actitudes sistemáticamente agresivas del sacerdote son con frecuencia el resultado de un desplazamiento contra cualquier figura de autoridad. A algunas personalidades, dados sus condicionamiento previos, les resulta casi imposible el someterse a una autoridad, por apta y buena que sea la persona que la ejerce.

Habría aquí tema de meditación, tanto para quienes detentan y ejercen el poder, como para los candidatos que van a comprometerse a obedecer; los primeros deberían reflexionar sobre su espíritu paternal de gobierno; los segundos, examinar si tienen un carácter capaz de aceptar el ejercicio de la obediencia razonable.

Dos simples comentarios:

a) La responsabilidad de unas malas relaciones del súbdito con la figura de autoridad no siempre se puede atribuir a la inmadurez o defectos de carácter del sacerdote. No faltan casos de incomprensión, dureza, autoritarismo de quien ejerce la autoridad.

b) Hay que evitar a toda costa el profundo error de destinar a un joven neo-sacerdote a una parroquia lejana, en donde tendrá que afrontar el aislamiento y la soledad total, en ambientes pesados y secularizados en donde impera la más absoluta libertad sexual y requerirían una fuerza casi sobrehumana para poder perseverar... Ninguna urgencia pastoral puede justificar el colocar a un joven inexperto en circunstancias que superan su "nivel de tolerancia a la frustración", o sea en términos más populares, su "aguante", su capacidad de resistencia. ¡No se puede tentar a Dios, exigiéndole milagros!

8. Formación pastoral y trabajo apostólico

En muchas respuestas aparece el innegable peligro de un *activismo escapista* con apariencia de apostolado y acción pastoral. Otros peligros que se mencionan son:

- "Búsqueda de reconocimiento y un afán de protagonismo";
- "Se ejerce la pastoral, más por complacencia, que por compromiso de fe con la comunidad";
- "La sobrecarga de actividades"; "La dispersión pastoral" que lleva a "fallar con la oración personal y el seguimiento de Jesús".
- "Es muy difícil lograr que un joven sacerdote tenga un Director Espiritual que lo ayude a afrontar la nueva situación";
- "El carrerismo y aburguesamiento";
- "El protagonismo, exageraciones, falta de reflexión, carencia de bases teológicas",
- "Excesiva preocupación por el dinero.
- "Falta de prudencia en las relaciones con la mujer". "La excesiva familiaridad en el trato acompañada de una cierta presunción en lo que se refería a la guarda del celibato",
- "El peligro de convertirse en un simple 'funcionario público' o 'funcionario de lo sagrado'.

Durante el tiempo de formación, sobra decirlo, *lo principal es la formación*. Nadie lo discute en teoría, pero ¿la práctica...?

A la pastoral debe dársele en el seminario tanto tiempo e importancia cuanto conduzca para *la mejor formación apostólica* del futuro sacerdote.

- Tendría que darse un seguimiento serio en lo que se suele llamar práctica pastoral. De la forma como está organizada hace más daño que beneficio". Si por ejercer el apostolado, el seminarista descuida o abandona su formación espiritual o académica, está cometiendo un profundo y nocivo error. ¿Qué va a aportar después de ordenado el sacerdote que poco sabe de Teología, de Moral, de Liturgia para no mencionar al popular "sacerdote de misa y olla", que ignora los rudimentos más fundamentales de cultura general, que cualquier mediocre bachiller debería conocer?
- Para lograr esta finalidad formativa, es indispensable un *acompañamiento y una continua evaluación* en las prácticas pastorales del seminario, bajo la dirección de un pastoralista experimentado.
- El trabajo pastoral debe ejercitarse con un *profundo espíritu de fe*, de quien cree y confía en la acción de la gracia más que en los medios humanos y en el poder de la técnica. Sólo así aprenderá el seminarista a obrar y trabajar con auténtico espíritu sacerdotal, con verdadero espíritu de abnegación, sin buscarse a sí mismo; no como un simple "funcionario público", o "funcionario de lo sagrado", sino como un auténtico "*ministro del Señor*".

9. Radicalismos socio-políticos

Una "visión fragmentada de la realidad produce radicalismos inconsecuentes y frustraciones".

"Han sido muchas las defecciones, del año 60 para acá, entre sacerdotes y religiosos sinceramente comprometidos con la causa de los pobres. Su compromiso los llevó en muchos casos a la radicalización socio-política, la contestación sistemática y a empuñar el fusil y la ametralladora. ¿No habría en estos actos de "compromiso heroico", demasiadas motivaciones y condicionamientos puramente humanos? ¿No habrá a veces mucho altruísmo mal entendido y poca caridad cristiana, vivida como virtud teologal? ¿No habrá confusión de identidad en el "rol" y funciones

propias del sacerdocio? ¿No habrá algún desplazamiento de sentimientos agresivos contra objetivos neutros o “chivos expiatorios”?

Reflexiones similares podrían aplicarse al caso de muchas rebeliones “doctrinales y teológicas” contra la jerarquía y el magisterio pontificio.

RESUMEN:

Con base en la síntesis elaborada por el Departamento de Vocaciones y Ministerios (DEVYM), hemos analizado las repuestas de 198 obispos de 19 países de América Latina sobre las “*Causas del abandono del ministerio sacerdotal*”. Estas respuestas fueron obtenidas mediante una encuesta realizada por el CELAM durante el año de 1994.

Se han añadido algunos comentarios y sugerencias personales, con la esperanza de que sean útiles a los señores obispos, a los formadores y a los mismos sacerdotes. Estos comentarios se basan en el sentido común, en la experiencia y en sólidos principios científicos de psicología moderna.

Los resultados de este análisis se presentan organizados en 9 temas, así:

1. Importancia de una óptima selección de candidatos al seminario y “*a fortiori*” al diaconado o a la ordenación sacerdotal. Especial cuidado debe prestarse al ambiente familiar, a las motivaciones del candidato, a la necesidad de acompañamiento y a despedir oportunamente a los ineptos.
2. La formación espiritual: más que muchas prácticas impuestas, hay que fomentar un espíritu de oración personal y ansia de la unión con Dios. Enseñar métodos variados de oración personal y formar al sacerdote en principios de una espiritualidad muy sólida. El fruto esperado es un gran amor a la persona de Cristo y de su Madre Santísima.
3. La maduración integral del seminarista (personalidad, autoestima, carácter, control emocional, fuerza de voluntad, etc.) es una necesidad prioritaria en su formación.
4. Más específicamente esta madurez integral debe manifestarse en el área afectivo-sexual, mediante la estima y amor al celibato; aprender a vivir la amistad con alegría

y madurez y la superación de cuatro peligros: egoísmo, autoerotismo, homosexualismo y relaciones sexuales.

5. En medio de la “crisis de la palabra empeñada” y de la estabilidad en los compromisos, hay que formar para un compromiso *perpetuo* en el sacerdocio y la vida celibataria.

6. Especial importancia tienen para la perseverancia la vida comunitaria y unas buenas relaciones interpersonales.

7. Dentro de las relaciones interpersonales hay que destacar la buena relación con las figuras de autoridad, especialmente la confianza y apertura con el obispo, la cual implica serios cuestionamientos también al trato que las autoridades dan a sus seminaristas y sacerdotes.

8. Las prácticas pastorales en tiempo de formación deben tener un carácter prioritariamente *formativo*, evitando el escapismo, el activismo y el perjuicio de la formación académica. Para ello debe haber acompañamiento en las mismas y una permanente evaluación, y realizarse con gran espíritu de fe. que también debe ser el distintivo del ministerio pastoral después de la ordenación.

9. Finalmente, la experiencia nos ha enseñado que son muy peligrosos los radicalismo de tipo socio-político y las desviaciones ideológicas en el campo teológico.